

CAPITULO II

EL REGISTRO ARQUEOLOGICO Y LA ARQUEOLOGIA POSTPROCESUAL

La idea de que el científico, cuya misión era acumular e inventariar “hechos naturales”, era capaz de lograr una objetividad total a partir del esclarecimiento mental en su trabajo fue el precepto básico del empiricismo que dominó en un principio a la ciencia (Binford y Sabloff 1982). El método arqueológico empiricista consideraba que cada objeto en la naturaleza, que también aplicaba al registro arqueológico, tenía un significado inherente a sí mismo que contenía un poco de conocimiento o una sola verdad que podía ser interpretada si los arqueólogos estaban bien entrenados, tenían experiencia y eran perceptivos. Posteriormente, los positivistas distinguieron entre el proceso de descubrimiento (almacenar hechos y generar teorías) y el proceso de evaluación (el uso de teorías para esclarecer los “hechos”). Fue en ese momento cuando los positivistas decidieron desarrollar métodos que dependieran de formas deductivas de pensamiento para evaluar ideas ya existentes.

Sin embargo, la posición epistemológica de Thomas Kuhn (1962) abrió paso para diferenciar los conceptos de *paradigma* y *teoría* —siendo el primero un punto de vista particular de un conjunto de individuos sobre el mundo traducido en enunciados, mientras que el segundo es un argumento que explica al mundo de una manera particular,

es resultante del primero—; dando a entender que el sentido que se le infiere a las cosas es humano, que los conceptos de experiencia provienen de nuestra imaginación y que la naturaleza no dicta el sentido inferido. Así, cuando se busca explicar la naturaleza por medio de teorías, se explica a través de un concepto personal y no a partir de uno “objetivo”. Esta era razón suficiente para pensar que la ciencia avanzaba no por el progreso racional sino por el oportunismo de la investigación; de aquí que el conocimiento arqueológico sea totalmente dependiente del significado que los arqueólogos le den a las observaciones del registro arqueológico.

Arqueología Antropológica vs. Antropología Histórica

Por otro lado, se encuentra la gran diferencia que ha existido entre una arqueología antropológica y una histórica como paradigmas de investigación. Esta comienza desde sus orígenes, pues la antropología, nacida en el siglo XIX, se debió al interés que suponía estudiar a sociedades tecnológicamente simples y en gran medida a la justificación de causas colonialistas, mientras que la historia, por otro lado, junto con la economía, la ciencia política y la sociología, entre otras disciplinas sociales fueron creadas para estudiar el desarrollo y conducta de las sociedades occidentales contemporáneas (Trigger 1982). En años recientes ha habido una insistencia por marcar estas diferencias entre la arqueología europea, que se ha visto a sí misma como una disciplina histórica, y la arqueología moderna estadounidense, que se ve a sí misma como una rama de la antropología, y que comparte la meta última de esta disciplina de generalizar el comportamiento humano y sistemas socioculturales que arroja el registro arqueológico.

A través del tiempo, la investigación arqueológica ha tenido diversas influencias que han hecho de ella un variado campo de prácticas y teorías. Sin embargo, el objetivo principal de la arqueología por lo regular consiste en comprender y explicar el pasado humano a partir de sus restos materiales, y ya en segundo término, el de formular planteamientos sobre la conducta humana. De esta manera, suponer que la arqueología sea una ciencia que se dedica exclusivamente a clasificar y describir restos materiales sin ser capaz de llegar a algo significativo en términos sociales, harían de ella tan sólo una labor reorientada nuevamente hacia el anticuariato. La arqueología tiene un control sobre datos que se extienden en forma vasta sobre el tiempo y el espacio, así como hacia sociedades y culturas que no están documentados de otra manera, por ello es que la arqueología tiene un papel vital y único que jugar dentro del contexto de la investigación.

Existe una fuerte crítica por parte de Shanks y Tilley (1987, 1992) contra arqueologías particulares que forman ideologías vulgares, y por ende, crean fabricaciones distorsionadas que dan soporte a un sistema de “conciencia falsa”. Esto es, representan intereses sociales y políticos particulares tomados como universales, malinterpretan contradicciones cruciales de la sociedad o consideran una abstracción como existentemente substancial asumiendo que es natural, objetiva y concreta antes de relacionarla con una condición social de producción.

La Arqueología Postprocesual

La arqueología postprocesual surge como contra-respuesta de la nueva arqueología, pues a pesar de su aporte metodológico, esta última definió la cultura material como el resultado de procesos adaptativos al medio físico y social dejando de lado la participación

del sujeto como creador de objetos culturales y como parte de un complejo sistema social (Hodder 1988: 16-21). De esta manera, la arqueología postprocesual redefinió esa evidencia material como el resultado de actitudes y relaciones culturales, las cuales eran determinadas a través del estudio de la relación entre la estructura y el proceso, la norma social y la variabilidad, lo ideal y lo material, para así poder comprender el contenido de los significados históricos, sistémicos y sociales (ver Figura 3), de allí que promoviera el desarrollo de nuevas interpretaciones que fueran más allá de procesos y estructuras sociales a través de más preguntas y debates. Manuel Gándara lo ha llamado el “criterio de la fertilidad teórica” (comunicación personal 1998), que consiste en obtener el máximo de explicaciones posibles de una sola pregunta que volverá más fértil una nueva teoría. De hecho, si existiera una frase para resumir esta postura arqueológica sería algo como “la cultura material es activa y producida de manera significativa en la cual el individuo, la cultura y la historia son centrales” (Hodder 1985: 1). Dicho de otro modo, el significado que los arqueólogos interpretan de la información proveniente de trabajos de excavación está basado en estructuras y procesos variables que sólo tienen sentido si se les ubica dentro de un espacio de tiempo continuo, o un contexto en particular, que no se limita a una escala de análisis y que hace posible que la interpretación pueda variar de un caso a otro y no de manera sistemática.

Para poder entender esos contextos, la arqueología postprocesual ha recurrido al registro arqueológico —conformado por artefactos, ecofactos, elementos y estructuras— que se “recolectan” en campo a través de procedimientos propios de la arqueología, y es sólo tomando en cuenta su significado simbólico y no sólo su carácter funcional que podemos interpretar un significado social que derive de la totalidad de sus similitudes,

diferencias, asociaciones y contrastes, pues de otra manera lo estaríamos tratando como anticuarios, historiadores del arte o subastadores de arte al sólo dar una mera descripción de los mismos. De hecho, los significados de ese registro arqueológico parten de una serie de preguntas y respuestas explicativas que el mismo arqueólogo se va planteando dentro de la misma excavación una vez que haya reunido toda la información de campo posible (Hodder 1986: 138-141, 1988: 175).

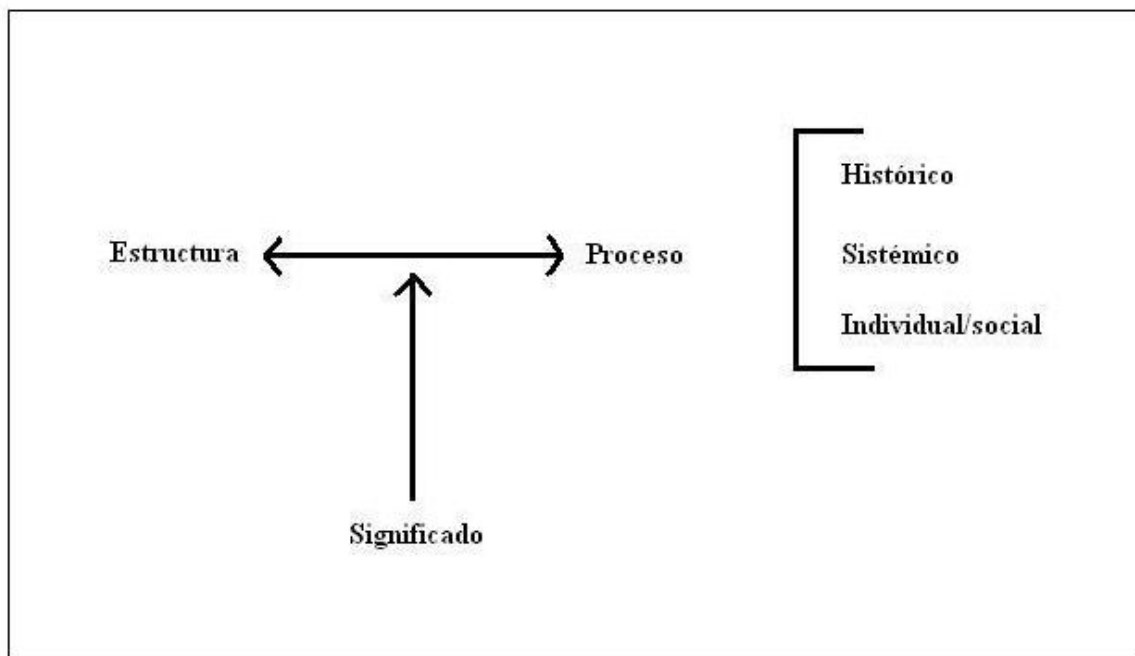


Figura 3. El dominio de la arqueología postprocesual (retomada de Hodder 1986: 148)

Ahora bien, ¿cómo inferir esos significados culturales del pasado? Según Hodder (1988: 118), una forma de acceder a la comprensión del pasado es haciendo analogías con el propio presente, pues ésta amplía y estimula la imaginación histórica, haciendo énfasis en que la interpretación del pasado siempre estará condicionada por factores externos —prejuicios e influencias— y por tanto ésta dependerá en parte de la escala con

la que se quiera examinar y con los aspectos del mundo social que se quieran apreciar (McGuire et al. 1994: 243).

El pensamiento postprocesual en este sentido se ha tachado de relativo puesto que la intención de interpretar simbologías, y por tanto la mentalidad del individuo social que subyace dentro de la evidencia cultural, sugiere una problemática por no poder tener una visión clara de las sociedades pasadas. Sin embargo, la ganancia se encuentra en la comprensión del ser humano de una manera íntegra a través del tiempo, pero como una posibilidad y de ninguna manera como una totalidad absoluta, haciendo que la arqueología no sólo se vierta en la recuperación de datos, su descripción y la generación de modelos, hipótesis y teorías.

Hodder (1991: 10) nombra como tres los elementos que componen una posición postprocesual interpretativa. Primero, una objetividad dialéctica del pasado debe ser conservada para que el público pueda usar el pasado arqueológico para enriquecer su conocimiento del presente y diferenciarlo de los mitos y prejuicios. Segundo, los arqueólogos deben ser sensitivos con los demás en las interpretaciones que se efectúen de la información obtenida en campo; entender el pasado basado en experiencias que involucren a individuos hace que el pasado sea más entendible y simultáneamente provee las bases críticas para entender el presente. Hay una imperante necesidad de moverse de la información a la interpretación para lograr un verdadero proceso de aprendizaje. Tercero, una consideración reflexiva de la producción de conocimiento arqueológico llevará al compromiso crítico de identificar los usos del pasado en voz de diferentes intereses.

El contexto arqueológico, así pues, al igual que un texto, es el resultante de una expresión cultural humana y por tanto susceptible de ser interpretada. Sin embargo habrá que tomar en cuenta su relatividad dentro del pensamiento arqueológico postprocesualista, pues como es bien sabido, toda interpretación arqueológica siempre estará permeada por cuestiones valorativas, éticas, políticas, e incluso estéticas que podrían afectar la misma, pero que no significa darle un sentido ficticio. El punto clave reside en integrar tanto los objetos como los sujetos de estudio dentro de un mismo parámetro de investigación y como arqueólogos saber mediar entre ambos.

En el siguiente capítulo se expone precisamente cómo es que la museografía se ha socorrido de la arqueología mexicana para poder crear distintas interpretaciones de los hallazgos recuperados a lo largo de la historia para enmarcarse más como un asunto de orgullo nacional y no necesariamente como uno de carácter científico.